

## APIAN, VI, 31: LA INTRODUCCIÓN DIDÁCTICA DE TÓPOI SOBRE LOS PUEBLOS HISPANOS EN EL RELATO HISTÓRICO

*Apian, VI, 31: An didactic introduction of topoi about Hispanic peoples in the historic narration*

Enrique HERNÁNDEZ PRIETO\*  
Dpto. de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología, (Beca FPU)  
Universidad de Salamanca  
E-mail: graco@usal.es

Fecha de recepción: 6-III-2011  
Fecha de aceptación: 28-III-2011

**RESUMEN:** En este fragmento de su obra, Apiano relata los presuntos hechos acaecidos entre Lucio Marcio, legado de Escipión, y un contingente de hispanos al servicio de los cartagineses, durante la Segunda Guerra Púnica. El autor aprovecha el trasfondo histórico para introducir, junto a habituales exigencias romanas en una negociación militar, toda una serie de tópicos sobre la naturaleza de los indígenas y, en general, del mundo bárbaro. En realidad, parece que Apiano habría adelantado unos acontecimientos más bien propios de las posteriores guerras celtibéricas y lusitanas. Además de adornar el relato, su objetivo habría sido adoctrinar a sus lectores, un público profundamente helenizado, sobre el carácter de los pueblos hispanos, especialmente de los celtíberos.

*Palabras clave:* Segunda Guerra Púnica, Apiano, *tópoi*, pueblos hispanos prerromanos, desarmes, *deditio*, celtíberos.

*Keywords:* Second Punic War, Appian, *tópoi*, Pre-Roman Hispanic populations, disarm, *deditio*, Celtiberians.

---

\* Artículo redactado en el marco del proyecto de la Junta de Castilla y León: “La formación social hispanorromana en la cuenca del Duero: desarrollo y estructura” (SA003A10-1).

## 1. INTRODUCCIÓN

Desde los tiempos antiguos, a la Historia se le ha otorgado un elevado valor formativo, al educar a los individuos sobre hechos y experiencias del pasado y constituir un modelo, a seguir o evitar, para quienes se instruyesen en ella. A decir de Cicerón, la Historia es “*maestra de la vida*”<sup>2</sup> y como tal, ha permanecido presente en los distintos y sucesivos planes educativos hasta los tiempos presentes. No obstante, al igual que las restantes disciplinas científicas y humanistas, ha sido empleada, en innumerables ocasiones, con fines propagandísticos o tendenciosos. En el caso de la historiografía antigua, existen toda una serie de condicionantes culturales y sociopolíticos que exigen al historiador actual la aplicación de una crítica rigurosa que le permita discernir y valorar, con la mayor veracidad posible, las informaciones que nos aporta.

El objeto de este trabajo es exponer, a través del texto antiguo seleccionado, los distintos recursos expositivos empleados por su autor para ilustrar sobre unos hechos históricos concretos, a la par que dotarlos de un cierto valor literario que contribuyera a propiciar su lectura y comprensión.

## 2. EL AUTOR, LA OBRA Y SU PÚBLICO

A partir de algunas referencias que aparecen en su obra, se estima que Apiano nació hacia el año 95 d. C., en época de Trajano<sup>3</sup>. La mayor parte de los datos sobre su personalidad y trayectoria vital nos los proporciona él mismo en el prólogo de su obra. Afirma ser natural de Alejandría, jactándose de haber alcanzado los máximos honores de esa ciudad para ejercer, posteriormente, la abogacía en Roma. Finalmente habría alcanzado el rango de procurador de la casa imperial. Además de su Historia de Roma, de la que sólo han llegado completos nueve libros de los cincuenta que la compusieron, indica que escribió su autobiografía que, por desgracia, no se ha conservado<sup>4</sup>.

La obra de Apiano abarca desde los orígenes de Roma hasta el 35 d. C. La principal peculiaridad estructural de su relato histórico reside en la adopción de un criterio etnográfico, en lugar del habitual cronológico, a la hora de articular la narración de los acontecimientos. La única excepción la constituye su descripción de las Guerras Civiles, organizada a partir de los hechos de sus principales protagonistas. Resulta complejo establecer el porqué de este original esquema expositivo. Entre las distintas hipótesis que se han planteado está la de que siguiera un modelo previo, adoptado de

2 Cicer. De Oratore, II, 9. “*Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis, qua voce alia nisi oratoris immortalitati commendatur?*”.

3 SANCHO ROYO, A., “Introducción general” en *Apiano, Historia romana*. Ed. Gredos, Madrid, 1980, pp. 7-8.

4 Apian. Prólogo, 13.

otro autor anterior; que con esta estructura pretendiese resaltar la grandeza de Roma, capaz de configurarse, desde sus humildes orígenes, como un imperio territorial; o tal vez que ello fuera consecuencia de su formación profesional, prefiriendo organizar su relato en compartimento estancos, al no ser un historiador profesional, capaz de articular sus fuentes en un relato unificado, que además habría redactado su obra hacia el final de su vida, en torno al 165 a. C.<sup>5</sup>.

El objetivo de Apiano era la elaboración de un tratado histórico didáctico, en el que narrar las intervenciones de Roma en las distintas regiones del mundo conocido, llevándolas a su dominación, así como la evolución interna del estado romano y su tránsito desde la República al Imperio. Sobre este último aspecto, el autor se presenta como firme partidario del régimen monárquico, atribuyéndole la creación y el mantenimiento de un estado firme y poderoso<sup>6</sup>, que contrapone con el de la fase anterior, que se habría caracterizado por su inestabilidad y convulsiones sociales<sup>7</sup>. Como la mayoría de los escritores de su tiempo, Apiano se halla imbuido por el programa ideológico de esplendor y renovación desarrollado por Augusto, lo que le podría llevar a magnificar los acontecimientos que relata. No obstante, especialmente en algunos momentos de su obra, se intuye cierta crítica por los objetivos o métodos aplicados por los romanos<sup>8</sup>. En todo caso, Apiano no renuncia a su identidad griega, de la que se enorgullece, y trata de conciliarla con un régimen político que admira y del cual ha formado parte.

Para la elaboración de su obra, Apiano recurrió a los relatos históricos de otros autores anteriores (Polibio, Salustio, César y Tito Livio entre otros). También pudo tener, presumiblemente, acceso a documentación de carácter oficial durante su labor como funcionario en Roma, si bien él no señala nada a este respecto. En los contenidos de su obra, se ha señalado la falta de rigor cronológico y geográfico, inexactitudes y un tratamiento poco coherente respecto a las fuentes empleadas, lo que repercute en la existencia de altibajos en la calidad de sus informaciones. En cualquier caso, no debemos perder de vista que entre los hechos descritos en el texto y la vida del autor habían transcurrido más de 300 años<sup>9</sup>.

---

5 SANCHO ROYO, A., *Op. Cit.*, pp. 12-13.

6 Apian. Prólogo, 7.

7 GABBA, E., *Appiano e la storia delle guerre civili*. Ed. La Nuova Italia, Florencia, 1956, p. 220.

8 Ello se advierte especialmente tras el relato de la caída de Numancia (Apian. VI, 98.); GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., “Contradicciones y conflictos de identidad en Apiano” en *Gerión*, 2009, Vol. 27, N° 1, pp. 231-250.

9 El caso más paradigmático lo constituye su versión del Tratado del Ebro y la localización, al norte del río, que le atribuye a la ciudad de Sagunto. Sobre estas cuestiones: SANCHO ROYO, A., “En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrubal” en *Habis*, 1976, Vol. 7, pp. 75-110; PÉREZ VILATELA, L., “En torno a la errónea ubicación de Sagunto y sus orígenes en Apiano” en *Arse*, 2000, Vol. 34, pp. 63-78.

El libro VI, del que procede el fragmento que estudiamos en el presente artículo, está dedicado a Iberia. Pese a las limitaciones señaladas, constituye el relato más continuado de los acontecimientos acaecidos en la Península Ibérica entre los siglos III y I a. C., siendo además, en ocasiones, la única fuente conservada sobre determinados episodios<sup>10</sup>, lo que justifica la trascendencia de su estudio para el historiador.

Una vez que hemos situado brevemente al autor y su obra, el siguiente aspecto que debemos tener en cuenta es a qué público estaba dirigida. A este efecto, la decisión de redactarla en lengua griega no resulta explicable, tan sólo, por el origen alejandrino del autor, sino que seguramente nos indica que la redactó pensando en lectores culturalmente helenizado. Posiblemente Apiano tendría en mente a sus compatriotas de Alejandría, una de las capitales administrativas del Imperio con mayor actividad cultural.

### 3. LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA, HISPANIA Y LA HISTORIOGRAFÍA ANTIGUA

Repasemos brevemente, a modo de introducción, el contexto histórico de los hechos que vamos a tratar en el fragmento de análisis. Tras su derrota en la Primera Guerra Púnica, que tuvo Sicilia como principal teatro de operaciones, Cartago hubo de asumir el pago de una importante sanción económica y grandes pérdidas territoriales. Con el fin de suplir los daños, los púnicos desarrollaron, bajo la égida de la familia de los Barcas, toda una serie de activas campañas que ampliaron sustancialmente sus dominios en la Península Ibérica. La hegemonía púnica en los territorios hispanos terminó por suscitar el recelo de Roma, así como el de las poblaciones griegas que contaban con factorías y colonias próximas a las zonas de expansión. Tras una serie de movimientos diplomáticos, cuyos máximos exponentes son el conocido como Tratado del Ebro y la alianza romana con Sagunto, la destrucción de esta ciudad a manos de Aníbal llevó, en el 218 a. C., a la declaración de un nuevo conflicto entre las dos potencias mediterráneas. Ya desde los primeros momentos, romanos y cartagineses buscaron la implicación de los hispanos para servirse de ellos en contra de sus enemigos.

La Segunda Guerra Púnica constituye, sin duda, uno de los episodios históricos más trascendentes para la Península Ibérica. Por vez primera, Hispania se convierte en el escenario de toda una serie de acontecimientos de cuyo desarrollo y desenlace estaba pendiente todo el mundo mediterráneo. Ello se traduce en que su protagonismo histórico se acentúa y los escritores del mundo antiguo comienzan a mostrar una preocupación más seria y continuada por las realidades presentes en la Península, más allá de los viejos tópicos, propios del ámbito de las colonizaciones, que se limitaban a considerarla como un territorio

---

10 Como por ejemplo, la fundación de Itálica (Apian. VI, 38).

de abundantes riquezas<sup>11</sup>, sobre todo en lo que a recursos mineros se refiere, y a la salvaje belicosidad de sus pobladores<sup>12</sup>.

Una de las primeras cuestiones que debemos tener en cuenta es la postura, decididamente partidista y filorromana, que adoptan todas las fuentes escritas que se conservan. Sólo en algunas ocasiones, en las que los autores clásicos recogen las opiniones personales de escritores filopúnicos o critican sus versiones de los hechos, podemos intuir otras visiones alternativas. El problema se maximiza si lo trasladamos a los hispanos, de quienes por carecer de informaciones escritas propias, sólo podemos aventurar su percepción de los acontecimientos a partir de datos y referencias indirectas.

Las primeras operaciones militares en suelo hispano estuvieron dirigidas por los hermanos Cneo y Publio Escipión. Tras dividir sus fuerzas, con el fin de acelerar sus avances militares, fueron derrotados y muertos en el 211 a. C. Les sucedió en el mando el sobrino del primero e hijo del segundo, Publio Cornelio Escipión, quien sería conocido tiempo después, tras su victoria sobre Aníbal, como primer “Africano”. Tras la conquista de la estratégica base de Cartagena (209 a. C) y las victorias de Baécula (208 a. C.) e Ilipa (206 a. C.), la situación de los cartagineses en la Península entró en un profundo declive. Escipión emprendió entonces acciones contra los últimos centros de resistencia, encomendando algunas de estas operaciones a Marco Silano, el soldado itálico que, tras el desastre militar que costó la vida a su padre y a su tío, dirigió la retirada y organizó la resistencia contra los cartagineses.

Sirva este breve relato histórico para situar los acontecimientos que figuran en el fragmento que vamos a presentar y que es el siguiente:

*“Por estas fechas, algunos celtíberos e iberos, cuyas ciudades se habían pasado a los romanos, seguían todavía sirviendo a Magón en calidad de mercenarios. Marcio les atacó y dio muerte a mil quinientos, y el resto escapó para refugiarse en sus ciudades. A otros setecientos jinetes y seis mil soldados de infantería guiados por Annón los bloqueó en una colina, desde donde, al carecer de todo, enviaron mensajeros a Marcio para conseguir una tregua. Éste les comunicó que pactaría cuando les entregaran a Annón y a los desertores. Entonces, ellos se apoderaron de Annón, aunque era su propio general, mientras escuchaba las propuestas, y de los desertores, y se los entregaron. Marcio reclamó también prisioneros. Cuando los hubo obtenido, les ordenó a todos que llevasen una cantidad estipulada de dinero a un determinado lugar de la llanura, pues no eran propios de los suplicantes los lugares elevados. Una vez que bajaron a la llanura, les dijo: “Acciones*

11 GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., et al, *La imagen de Hispania en la Antigüedad Clásica*. Ed. Gredos, Madrid, 1995, p. 141.

12 Recuérdese, por ejemplo, la conocida cita de Aristóteles (VII, 2, 5) según la cual los iberos eran un pueblo belicoso que clavaban junto a sus tumbas tantos obeliscos como enemigos habían abatido.

*merecedoras de la muerte habéis cometido vosotros que, teniendo a vuestros lugares patrios sometidos a nosotros, escogisteis combatir contra ellos al lado de los enemigos. No obstante, os concedo marcharos sin sufrir castigo si deponéis vuestras armas". Sin embargo, la indignación se apoderó de todos a la vez y gritaron que no entregarían las armas. Tuvo lugar un combate encarnizado en el que la mitad de los celtíberos cayó tras haber opuesto una feroz resistencia, y la otra mitad consiguió ponerse a salvo junto a Magón. Éste hacía poco que había llegado al campamento de Annón con sesenta navíos y al enterarse del desastre de éste, navegó hasta Gades y, sufriendo por el hambre, aguardó el futuro de los acontecimientos*<sup>13</sup>.

El relato de Apiano continúa con la ofensiva romana contra tres ciudades indígenas, Cástulo, Iliturgis y Astapa. Poco tiempo después, el mismo año en que sucedían estos hechos, la expulsión definitiva de los ejércitos cartagineses suponía la integración permanente de Hispania en la órbita política de Roma, iniciándose una nueva fase de guerras de conquista que, con desigual ritmo y avances, se prolongarían hasta el s. I.

Hemos escogido este texto porque, por todos los aspectos que a continuación trataremos, resulta tremendamente expresivo a la hora de mostrar la percepción que los escritores antiguos tenían de los indígenas hispanos, manifestándola en sus obras. Además, nos permite analizar un caso paradigmático de introducción de mecanismos compositivos, por parte de un autor clásico, para dotar su relato histórico de cierto carácter adoctrinador.

#### 4. APIAN. VI, 31. ANÁLISIS DE SUS CONTENIDOS

Si comparamos la información proporcionada por Apiano sobre estos sucesos con la de otros autores clásicos se observan algunos matices interesantes. Tito Livio también describe la llegada de Annón a Hispania y el reclutamiento de un gran contingente de celtíberos, así como su derrota a manos de Marcio, la dispersión de los supervivientes y la captura del comandante cartaginés<sup>14</sup>. Sin embargo sitúa todos estos hechos en el 207 a. C., antes de la batalla de Ilipa, un año antes que Apiano. Frente a la situación descrita por el alejandrino, según la cuál Marcio habría entablado negociaciones con los hispanos sitiados, hasta su ruptura, al exigírseles las armas, Livio menciona la existencia de dos campamentos, uno de mercenarios celtíberos y otro púnico, que habrían sido asaltados por el comandante romano y conquistados tras una feroz lucha. Por lo tanto, ni la cronología, ni la descripción de los hechos coincide con las referencias del autor latino. Es posible que Apiano prefiriera ordenar así los acontecimientos para compilar unidas en su narración la represión de los celtíberos junto con la campaña de

13 Apian. VI, 31. Aunque no literalmente, hemos seguido la traducción de SANCHO ROYO, A., *Apiano, Historia romana*. Ed. Gredos, Madrid, 1980, pp. 262-263.

14 Liv. XXVIII, 1; 2, 1-12.

castigo contra las ciudades hispanas rebeldes, constituyendo así una unidad cuyo eje principal no tendría ya que ver con la lucha de los romanos contra el enemigo cartaginés y que, a modo de bisagra, facilitaría la transición al relato de las guerras de conquista.

En cuanto a las condiciones exigidas por Lucio Marcio, todas ellas son características de la *deditio* o rendición incondicional. El mejor testimonio sobre las disposiciones que solía acarrear esta fórmula, de típica aplicación durante las guerras de conquista, nos lo proporciona Tito Livio tras sofocar Escipión la revuelta de Indíbil y Mandonio:

*“Desde antiguo los romanos tenían por costumbre, respecto a alguien con quien no tenían relaciones amistosas con un tratado formal ni con reciprocidad de derechos, no ejercer sobre él la autoridad como dominado hasta que no rindiera todo lo divino y lo humano, entregara rehenes, se le quitaran las armas y se impusieran guarniciones a sus ciudades”<sup>15</sup>.*

Apiano aprovecharía las supuestas negociaciones para introducir en su versión de los hechos las habituales exigencias a los enemigos de acuerdo con el Derecho Militar romano. Por otra parte, la progresiva exigencia de condiciones y su aceptación parece más bien un efecto literario para impresionar a sus lectores cuando llegasen a la ruptura de la tregua y de su original causa.

Además, la práctica de obligar a los mercenarios a descender a un paraje abierto recuerda especialmente a su relato de la brutal represión de Galba sobre los lusitanos que se habían entregado y de la que Viriato habría sido uno de los escasos supervivientes:

*“... Este último (Galba) los dividió en tres grupos y, mostrándoles a cada uno una llanura, les ordenó que permanecieran en campo abierto hasta que, a su regreso, les edificara sus ciudades. Tan pronto como llegó a la primera sección, les mandó que, como amigos que eran, depusieran sus armas...”<sup>16</sup>.*

El paralelismo de los textos no nos parece casual. La conducta de los celtíberos, difícilmente comprensible para Lucio Marcio, queda contrastada con la actuación vil y mezquina de Galba, que sorprende a los mismos lusitanos y escandaliza al autor. El resultado es la narración de dos hechos, con similar estructura, en los que el desenlace se precipita en tragedia por la actitud sorpresiva de una de las partes. Creemos, por tanto, que este segundo relato habría inspirado el primero.

Cabe ahora introducir otro de los aspectos fundamentales que plantea el texto: el papel de los celtíberos en los acontecimientos y su trascendencia

---

15 Liv. XXVIII, 34, 7. Seguimos la traducción de VILLAR VIDAL, J. A., *Tito Livio, Historia de Roma desde su fundación*. Ed. Gredos, Madrid, 1990, p. 266.

16 Apian. VI, 60; traducción de SANCHO ROYO, A., *Op Cit.*, pp. 154-155.

historiográfica. Conviene recordar que, a tenor del relato de Tito Livio, el desastre militar que provocó la muerte de Escipiones habría estado causado por la desertión del contingente de 20.000 celtíberos que los hermanos habían reclutado para la campaña de ese año y que se dejaron sobornar por el general cartaginés Asdrúbal<sup>17</sup>. En realidad, no parece que los celtíberos entrasen en intenso contacto con los romanos hasta momentos más tardíos, tal vez a partir de la campaña del cónsul Catón en el 195 a. C. Es muy probable que su preeminente participación en los hechos de la Segunda Guerra Púnica y, en especial, su implicación en la muerte de los dos generales romanos, no sean sino una recreación histórica, elaborada por los escritores posteriores, que pretenderían vincular a esta prominente *gens* romana con una lucha épica contra los celtíberos. El clímax final de este conflicto sería la destrucción de Numancia a manos de Escipión Emiliano. El origen de esta tradición escrita no se hallaría, lógicamente, en un autor tan tardío como Apiano, sino en los analistas romanos, tal vez en Claudio Cuadrigario, uno de los escritores manejados por Tito Livio en la redacción de su obra<sup>18</sup>. También es posible que fuera Polibio, un historiador muy arraigado al círculo de los Escipiones, el origen de esta concepción<sup>19</sup>.

Ya hemos señalado antes la importancia que tuvo la participación de fuerzas auxiliares hispanas en los ejércitos de la Segunda Guerra Púnica, tanto al servicio de los cartagineses como de los romanos. A resueltas de esa práctica, los indígenas tuvieron un elevado protagonismo en los acontecimientos, ensalzando las fuentes su responsabilidad en aquellos momentos en que ello favoreciera el relato histórico. Esas ocasiones eran aprovechadas por los autores antiguos para introducir toda una serie de tópicos y valoraciones sobre el carácter de los indígenas. Pasamos ahora a analizar cuáles son los que aparecen reflejados en el texto.

La consideración de los pueblos hispanos como especialmente violentos es, en gran medida, consecuencia de dos cuestiones decisivas. La primera es que sobre ellos se hacía caer la estigmatización del concepto de “barbarie” propio del mundo clásico. En este sentido, no hay que perder de vista que la fiereza y el fervor guerrero son rasgos típicos del estereotipo del bárbaro, tan recurrente para los autores antiguos a la hora de describir sociedades ajenas. Esto les lleva a convertir en comunes toda una serie de caracteres negativos, entre los que se cuenta la incontinencia moral y la

17 Liv. XXIV, 48, 10; 49, 7-8; XXV, 33, 1-3.

18 SALINAS DE FRÍAS, M., “Violencia contra los enemigos: los casos de Cartago y Numancia” en G. Bravo y R. González Salinero (Eds.), *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*. Ed. Signifer, Madrid, 2007, pp. 31-40; “Sobre algunos textos clásicos referentes a la caballería de los celtíberos y al simbolismo de sus armas” en *Gladus*, 2010, Vol. 30, p. 152.

19 Aunque la versión polibiana de la muerte de los hermanos Escipiones se ha perdido, Polib. X, 7, 1. refiere que Escipión, antes de partir de Roma, había investigado la traición de los celtíberos. Éste es cronológicamente el primer testimonio conservado que recoge esta visión.

violencia, para los pueblos celtas, germanos e ilirios entre otros. La segunda cuestión tiene su origen en las propias circunstancias en que tuvieron lugar los contactos. En este sentido, la presencia de poderes extranjeros, que reclamaban la participación militar de los indígenas a cambio de coacciones y favores, favorecería esa imagen de conflictividad<sup>20</sup>. Además, las fuentes primarias centran casi toda su atención en los hechos de armas, propios del contexto de las guerras de conquista romana, atendiendo fundamentalmente los aspectos bélicos y dejando en segundo plano los restantes factores sociales<sup>21</sup>. En última instancia, cabría preguntarse si realmente existió o pudo subsistir en la Antigüedad, algún pueblo que se caracterizase por su tendencia a la convivencia pacífica con sus vecinos y a la renuncia a la violencia como medio para incrementar su seguridad, bienestar o dominios. Nuestras fuentes clásicas desde luego, no parecen dar cuenta de ello.

Junto con la exaltación de su agresividad combativa y carácter indómito, otro de los tópicos que aparecen en el texto, habitual entre las referencias al talante de los hispanos, es su tendencia a la deslealtad y a la traición. Así, Apiano destaca el hecho de que los hispanos fueran capaces de entregar a Annón “aunque era su propio general”. Otros escritores realizan juicios parecidos. Polibio califica la acción de Abelux, el indígena que traicionó a los cartagineses y entregó a los romanos a los rehenes retenidos en Sagunto, como digna de un ibero y un bárbaro<sup>22</sup>. Por su parte, Tito Livio atribuye a los hispanos un carácter levantisco y de poco fiar<sup>23</sup>. En gran medida, detrás de esa inestabilidad, se encontraría la ausencia de objetivos e intereses comunes a largo plazo entre los hispanos y los bandos para los que combatían.

Algunos autores modernos han llamado la atención sobre la posible existencia de vínculos religiosos entre algunas comunidades hispanas y sus armas. De esta manera, los romanos, ignorantes de esta trascendente cuestión, habrían provocado involuntariamente reacciones como la descrita por Apiano<sup>24</sup>. Al valor simbólico del armamento, especialmente de las espadas<sup>25</sup>, cabe sumar otro rasgo que suele aparecer asociado a la idiosincrasia de los hispanos, la fervorosa defensa de su sentido del honor y libertad. Así, tal vez les resultase más sencillo afrontar la muerte en combate que la deshonra de aceptar el desarme<sup>26</sup>. En otro momento de su obra, al

---

20 GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *et al*, *La imagen de Hispania en la Antigüedad Clásica*. Ed. Gredos, Madrid, 1995, pp. 142-143.

21 SALINAS DE FRÍAS, M., *Los pueblos prerromanos de la Península Ibérica*. Ed. Akal, Madrid, 2006, p. 81.

22 Polib. III, 98, 3.

23 Liv. XXII, 21, 2.

24 RODRÍGUEZ ADRADOS, F., “La *fides* Ibérica” en *Emerita*, Vol. 14, 1946, p. 161.

25 SALINAS DE FRÍAS, M., “Sobre algunos...”, pp. 146-147.

26 QUESADA SANZ, F., “La guerra en las comunidades ibéricas (237-c -195 a. C.): un

relatar el final de la campaña de Quinto Pompeyo contra unos bandidos que devastaban Sedetania, Apiano introduce otro expresivo episodio para ilustrar el amor a la libertad de unos cautivos hispanos:

“... *su arrogancia era tan grande, que ninguno soportó la esclavitud, sino que unos se dieron muerte a sí mismos, otros mataron a sus compradores y otros perforaron las naves durante la travesía*”<sup>27</sup>.

Por otra parte, la historiografía augústea presenta a Octaviano como el culminador de las guerras de conquista de la Península Ibérica. Ello repercute en cierta mitificación de la resistencia de los hispanos a la subyugación romana, que engrandecería la gloria del primer emperador tras sus campañas contra cántabros y astures. Un testimonio muy gráfico de esta percepción nos la proporciona Tito Livio, uno de los mejores representantes de la concepción historiográfica del nuevo régimen:

“... *Hispania, por la naturaleza del terreno y la manera de ser de los hombres, era más apropiada no ya que Italia, sino que cualquier otra parte del resto del mundo para un relanzamiento de la guerra. Por esa razón, siendo la primera provincia en que penetraron los romanos —de las que pertenecen al continente, claro está— fue la última de todas en ser sometida, y sólo en nuestra época, bajo el mando y los auspicios de Augusto César*”<sup>28</sup>.

En realidad, la principal causa de la prolongación de las luchas se hallaría, más bien, en el desigual ritmo e intensidad de las operaciones, en función, principalmente, de la situación interior y externa del estado itálico. Si bien los romanos no habrían desarrollado lo que podría clasificarse como un plan de conquista y anexiones a largo plazo, sí parece constatarse la existencia de una permanente voluntad de expansión de sus dominios<sup>29</sup>.

## 5. CONCLUSIONES FINALES

A partir de los datos expuestos y del análisis que hemos desarrollado, consideramos que Apian. VI, 31. constituye un buen ejemplo de literarización de acontecimientos históricos. Mucho más difícil resulta establecer en qué medida estas ideas son originales del propio autor o pudo tomarla de alguna de las fuentes por él manejadas y que no se nos han conservado. En cualquier caso, opinamos que la intencionalidad sería la misma: adornar el relato e

---

modelo interpretativo” en A. Morillo, F. Cadiou y D. Hourcade (Coords), *Defensa y territorio en Hispania, de los Escipiones a Augusto. Coloquio Casa de Velázquez, 19-20 de Marzo de 2001*. Ed. Casa de Velázquez y Universidad de León, Madrid-León, 2003, p. 108.

27 Apian. VI, 77; traducción de SANCHO ROYO, A., *Op. Cit.*, p. 168.

28 Liv. XXVIII, 12, 11-12; traducción de VILLAR VIDAL, J. A., *Op. Cit.*, p. 227.

29 HARRIS, W. V., *Guerra e imperialismo en la República romana (327-70 a.C.)*. Ed. Siglo Veintiuno, Madrid, 1989, pp. 103-105.

introducir una serie de valoraciones y rasgos sobre los pueblos hispanos, valiéndose para ello también de la transposición de unos hechos posteriores.

Como resumen final, podemos señalar que el escritor alejandrino atribuye los siguientes *tópoi* a los indígenas hispanos en el presente fragmento de su obra:

-Fiereza combativa.

-Deslealtad y carácter advenedizo.

-Vínculo espiritual con sus armas y orgullo tribal que les impide aceptar su sumisión ante Roma.

Resulta complejo establecer la razón por la cual estos tópicos eran asumidos y repetidos por los autores antiguos. Nos parece que la respuesta más lógica sería atribuir esta práctica a la ausencia de relaciones empáticas entre nuestras fuentes, de marcado carácter clásico, y las poblaciones sobre las que escribían, en gran medida concebidas a partir de oposiciones conceptuales respecto a la cultura con la que los escritores se sentían vinculados.

Además, la atribución acrítica de estos rasgos, propios del ámbito “bárbaro”, resultaría útil a la hora de inculcar a sus obras un cierto valor didáctico y literario, facilitando a los lectores la asignación de roles y, de esta forma, su comprensión. Por tanto, el esquema simplificado de los conflictos siempre sería el mismo: la civilización grecolatina se enfrentaría a otra entidad, de naturaleza inferior, y con una serie de rasgos y matices preestablecidos. Así, también el público general se sentiría inmediatamente autoidentificado con la primera, sobre la cual recae el verdadero protagonismo de la obra.

Como hemos tratado de mostrar, los problemas de objetividad de la historiografía antigua, pese a sus especificidades evidentes, son similares para cualquier periodo histórico. La mayor dificultad para el investigador son las cuestiones de alteridad que se plantean, respecto a quién es el autor, sobre qué escribe y a quiénes se dirige. Las únicas respuestas válidas estribarán en el empleo de una rigurosa metodología de investigación, una crítica textual eficaz y una sólida base conceptual sobre la que formular las hipótesis.

